
RESEÑA

Elie Wiesel y François Mitterand, *Memoria a dos voces*, Paris, Editions Odile Jacob, 1995.

Elie Wiesel y François Mitterand dialogan, recuerdan, comparten y disienten. El primero, Premio Nobel de la Paz y autor de varios libros; el segundo presidente de la República Francesa. La memoria reproduce una conversación según su sentido, es decir, en su genuina realidad: se palpa la atmósfera, se escuchan los silencios y se percibe la mutua estima de quienes sostienen el encuentro.

Mitterand, “cerca del fin”, siente la necesidad de reunir pensamientos dispersos y “confiar a la escritura el cuidado de ordenar su vida”. Wiesel pregunta, y ya sabemos que ninguna pregunta puede ser formulada sin que el interrogador en cuanto tal vaya envuelto en ella. El presidente afirma que sus respuestas sólo son palabras y que su actuación política será juzgada por sus resultados. Vanidoso, al fin y al cabo, le preocupa la opinión no sólo de sus contemporá-

neos sino también de los historiadores del futuro. Le gusta relatar sus propias aventuras y ha escrito páginas autobiográficas. En la memoria, el escritor y el político dibujan, en gran parte, el drama del siglo XX.

Recuerdan la infancia. Wiesel conoció el exilio, Mitterand la estabilidad en Jarnac, provincia francesa. El escritor se duele de la niñez sufriente; quisiera actuar en su favor, grita su impotencia. El político sabe que es parte del dolor del mundo todavía en la barbarie. La vida y la muerte se entretejen en el diálogo para abordar problemas metafísicos. La fe juega un papel central en la vida de Elie Wiesel. Mitterand es agnóstico y desconfía de los dogmas. Ambos abordan la mística que escapa a las leyes de la razón y de la ciencia y que es poesía en su más alto sentido. Conversan sobre la Biblia y Cristo, los profetas del Antiguo Testamento y Teresa de Ávila. Saben que la fe y la tolerancia son incompatibles y les preocupa el fanatismo; “niega la vida”, dice Mitterand. Dios ¿es justo o injusto? se preguntan, porque es evidente que el mundo no se rige por las leyes de la justicia. Importa entonces el combate permanente, la

lucha contra lo imposible que conduce a Mitterand a la política y a Wiesel a la protesta a través de la escritura. Inevitablemente, surge el problema de Israel y Palestina. Para el presidente es difícil la solución: dos profetas, dos religiones, dos patrias y una sola tierra. Jerusalem, "Tierra quemada por la pasión".

Wiesel aborda un tema tabú: las relaciones de Mitterand con René Bousquet, figura importante en el gobierno de Vichy y francamente antisemita. Espera de Mitterand respuestas claras y francas, insiste, perturba. Pero el presidente relata serenamente los acontecimientos. Recuerda sí, mas le indigna el revuelo en torno a este asunto después de tantos años. No es fácil explicar los delgados hilos de aquella época dramática de la historia del mundo. El político dice estar en paz consigo mismo.

Las imágenes de la guerra se suceden. Wiesel piensa en alguien que se va, la despedida... Mitterand en la ruptura del horizonte para millones de hombres. Se vive al día, al minuto, en medio de la muerte. Recuerda el escritor las sinagogas incendiadas, la Noche de Cristal. Tal parece que los franceses no se daban cuenta en un principio del

terrible significado del nacionalsocialismo. Mitterand era un simple soldado de infantería en una guerra defensiva que parecía perdida de antemano. Fue hecho prisionero y escapó tres veces consecutivas para vivir en la clandestinidad y posteriormente en la Resistencia.

"¿Qué sabía usted de mi guerra que se abatió sobre los judíos como un rayo?", pregunta Wiesel. ¿Ciegos ante el horror o indiferencia? Churchill y Roosevelt sabían y guardaron silencio. Un ultraje a la conciencia humana comenta con toda razón el escritor. El peligro de una guerra nuclear obliga a Mitterand a ordenar la fabricación de armas atómicas para defender a Francia. Pero un accidente puede suceder insinúa Wiesel. La paz requiere paciencia infinita, imaginación y resolución, comenta Mitterand.

El presidente se revela como el gran estadista que presenta a la política como una ciencia de la acción pero sin olvidar jamás su dimensión estética. El arte de lo posible, la capacidad de guardar distancia y buscar el equilibrio, no perderse en los detalles. Importa el todo, es decir, Francia en el mundo cambiante de fines del milenio. Por ello, Mitterand no se aferra a sus

principios y actúa según las circunstancias que trata de comprender como el encadenamiento de los sucesos a través de las pasiones de los hombres, palabras que recuerdan a Maquiavelo. "Se necesita, dice, un don especial para ejercer el poder que reposa no sobre la ilusión que crea sino en la esperanza que encarna y que tal vez sea ilusoria". Quien ejerce el poder debe vigilar su naturaleza y extensión. Si es sabio, buscará contrapoderes para impedir los excesos y fortalecer las instituciones republicanas. Al fin y al cabo, insiste, el poder se juzga por sus actos: o bien se han acrecentado los sufrimientos, o bien se han reducido.

Ha habido momentos privilegiados en la vida de Francois Mitterand: cuando logró escapar de la

prisión, el día de la Liberación, sus triunfos en las elecciones políticas pero también una puesta de sol en Florencia o en Venecia. Una imagen retrata al presidente: la noche de su primera elección llegó a París en medio de una tormenta. A pesar de su alegría, la tempestad fue un símbolo de la dificultad de su tarea. Sabía que sólo le quedaba asumir plenamente su responsabilidad entre la incertidumbre y el acaso.

Francia fue la pasión de Francois Mitterand. A ella dedicó su vida y su talento. Es cierto que en el quehacer político siempre hay luces y sombras. Sólo la distancia permitirá el juicio sereno de sus contemporáneos. Hoy reposa en su tumba en la Jarnac de su infancia.

Lourdes Quintanilla Obregón